

**Nacionalismos banales:  
algunas representaciones recientes del  
Libertador Simón Bolívar**

Alicia Ríos  
Syracuse University  
LASA Puerto Rico 2006/Caracas 2008

Lo que voy a leer ahora es parte de un libro que estoy escribiendo y que lleva por título *El culto a Bolívar y los nacionalismos*. Se trata de un tema al cual le venía dado vueltas desde hacía un buen tiempo, pero en estos últimos años se me ha convertido en una necesidad: quiero, a través de él, arrojar algunas pocas luces sobre ese fenómeno que si bien no comienza con Hugo Chávez, ha llegado con él a uno de sus momentos de mayor exacerbación.

Friedrich Nietzsche, en su ensayo *Sobre los usos y las desventajas de la historia para la vida* (1874), hace una acotación que me interesa mucho a propósito de la historia y dentro de la cual quisiera enmarcar estas reflexiones. En desacuerdo con la tendencia historicista que prevalecía en su época, Nietzsche sostiene que hay tres tipos de historia que deberían estar siempre presentes cuando se estudia -y reproduce- el pasado: una historia monumental, una historia anticuaria y una historia crítica. Las tres cumplen una función importante "para la vida", aunque pocas veces aparece la tercera, es decir, aquélla que nos permite cuestionarlo todo y emprender -así sea solo en apariencia y

por escasos momentos- un comienzo de quiebres, sin ataduras. *Ésta sería una historia que, en vez de recordar, nos permitiría olvidar.*

La figura del Libertador Simón Bolívar es una de las más fuertes y de mayor presencia a todo lo largo de la historia republicana latinoamericana. Podemos toparnos con alguna de sus estatuas conmemorativas en muchos, muchísimos, lugares del planeta (hay un fotógrafo que está realizando un interesante trabajo llevando dicho registro y él afirma que Bolívar es la figura más reproducida en el mundo, luego de Jesucristo y la Virgen María). Tal vez sea una exageración, pero lo que sí es indudable es el inmenso despliegue de su imagen, entre otras razones por los petrodólares que han servido para regalar bustos por doquier en diversos momentos de la política internacional venezolana, además de ser el héroe nacional de cinco países; sin descontar con que, a partir de noviembre de 1872, el Ilustre Americano, el entonces presidente Antonio Guzmán Blanco decretó que, en todo pueblo venezolano, la plaza principal debía llevar el nombre de Plaza Bolívar y en todas las oficinas públicas debía colgarse un retrato del "Libertador".

No debe sorprendernos entonces el escándalo -sobre todo a nivel diplomático y de los medios de comunicación-

que provocó Juan Dávila, artista plástico chileno, cuando en 1994, en Londres, distribuyó unas postales que reproducían un detalle de un lienzo de gran formato, donde mostraba a un Simón Bolívar *travesti*, con rasgos negroides y haciendo una seña "vulgar" con su mano izquierda. En el carnaval de Río de Janeiro del 2006, recordarán que la carroza premiada fue financiada por la filial petrolera venezolana y en ella una de sus figuras principales fue un inmenso Simón Bolívar que cargaba en una de sus manos un corazón rojo (parte de la oposición venezolana se ocupó de debatir entonces el irrespeto frente a un Bolívar que algunos catalogaron de dudosa hombría).

Quiero, en esta oportunidad, dedicarme a uno de los ejes centrales de mi reflexión sobre los nacionalismos, a la primera parte del título de esta ponencia.

### ***Nacionalismos banales***

El pensador italiano Federico Chabod ha señalado que "la idea de nación" es particularmente importante en los pueblos todavía no unidos políticamente (1997: 86). Del principio de nacionalidad devienen los elementos particulares que le permiten su integración.

Junto a la noción de nación solemos encontrar la de Estado, por medio de la cual adquiere aquélla su

estructuración y consolidación política. En principio, el *Estado* es la organización político-legal con el poder de exigir obediencia y lealtad a sus ciudadanos (y, en consecuencia, la única autorizada para ejercer la violencia); mientras que la *nación* es una comunidad de personas cuyos miembros se encuentran unidos por un sentido de solidaridad y una cultura común (Seton-Watson, 1977: 1). Hablar de cultura común y conciencia nacional resulta ambiguo cuando nos referimos a una época como la emancipadora donde se luchaba precisamente por darle significado a dichas ideas; sin embargo, fue precisamente la consolidación de una conciencia nacional propia y "diferente" la que permitió que los criollos lucharan por independizarse de España. Esta conciencia nacional o "comunidad imaginada" (al decir de Benedict Anderson) se iba logrando, por un lado, a través de las armas en el campo de batalla y, por el otro, a través de la palabra impresa en su doble vertiente: la legal y la periódica.

Mientras iba avanzando el siglo XIX, y pese a la inestabilidad reinante por las luchas caudillistas, se iba logrando poco a poco la anhelada consolidación nacional y el país se enrumbaba -aunque con tropiezos- hacia su modernización. Comenzaba a funcionar ese "plebiscito diario" del que hablara Ernest Renan en su famosa conferencia de la

Sorbonne, en 1882, "¿Qué es una nación?" (su respuesta a la derrota francesa en la guerra franco-prusiana). Luego de recorrer las razones que se habían intentado dar para explicar los hilos que posibilitaban una nación: lo racial, la lengua, la religión, los intereses, lo geográfico y la necesidad militar, Renan concluye que ninguna de ellas es lo suficientemente convincente como para explicar en verdad la fuerza que mueve a los hombres -y está hablando explícitamente de ellos, los *caballeros* de su clase- a sentirse parte de una nación específica y no de cualquiera otra: ninguna de estas instancias puede ayudarnos a definir la nación -afirma- porque nunca se dan en una absoluta pureza. Por eso llega a la conclusión que sólo un plebiscito diario, un pacto entre los integrantes del cuerpo social, puede explicar la fuerza detrás de una noción tan arraigada en el hombre moderno.

Un plebiscito o consenso en el cual radica la "esencia de la nación" por cuanto *todos* los individuos que la conforman "tienen muchas cosas en común, y también muchas cosas que han olvidado" (Bhabha, 11). Olvidan los actos de brutalidad compartida, y recuerdan los momentos de triunfo o sufrimiento, sólo así se puede sobrevivir como entidad.

Casi exactamente un siglo después, en 1983, salió la primera edición del importante y controversial libro de

Benedict Anderson, *Imagined Communities (Reflections on the Origin and Spread of Nationalism)*. Lo que más pareciera preocupar a Anderson es el entender por qué la gente es capaz de morir -de dar su vida, más que de matar- por eso que se llama una nación (y también una patria). El propósito del libro es analizar precisamente qué hace que sea ésta una noción tan importante en la época moderna y qué ocurría con la diseminada percepción de que estábamos arribando, en las postrimerías del siglo XX, al final de la era de los nacionalismos.

Pueden hacérsele muchas objeciones a la manera de resolver su pregunta inicial, y sin duda la más crucial tiene que ver con lo que está escondido detrás de la propia noción de "comunidad imaginada": en particular, esa obsesión por una cultura letrada, escrita (o del "capitalismo impreso", como brillantemente la cataloga), que limita las posibilidades para poder encontrar explicaciones certeras a los alcances reales de un fenómeno que pasa también por lo no escrito, por lo popular, por aquellos que no tienen voz pero están allí, por lo que Raymond Williams llamó "las estructuras del sentir" (o del sentimiento, como las traduce Beatriz Sarlo) y, sobre todo, por las imágenes, los sabores y los sonidos. Objeción válida también en el caso de Renan.

Ambos autores, y buena parte de los teóricos que se ocupan del tema, parecieran estar preocupados, sobre todo, en mostrar los desastres a los que se ha llegado bajo las banderas nacionalistas o, por el contrario, mostrar la necesidad de defender nociones como patria, nación, autenticidad, identidad, como vías para enfrentar los modelos homogenizadores que vienen de los países centrales. Ambas posturas suelen tener razones de peso para defender sus puntos de vista: la historia está plagada de excesos y carencias al respecto. Pero yo quisiera proponer, más bien, que nos coloquemos en una dimensión menos escandalosa. Resulta relativamente sencillo acusar de extremistas a quienes han llevado a cabo actos de violencia terrorista, de los más variados calibres como los que pueblan el planeta por nuestros días; mucho más complicado hacer notar que la violencia, también cuando es ejercida por el Estado, puede tener los mismos visos (terroristas)<sup>1</sup>.

Pareciera que hablar de nacionalismos implicara siempre un exceso: la necesidad imperiosa de dar la vida con tal de defender eso por lo que nuestros antepasados lucharon y la

---

<sup>1</sup> Puede parecer un tanto obvia esta aclaración, sobre todo en el caso latinoamericano, luego de la larga tradición de Estados dictatoriales que hemos sufrido. Valga, sin embargo, la aclaratoria por los momentos puntuales en que estamos viviendo y las revisiones que se están llevando a cabo sobre el tema.

obligación de defender el futuro de las generaciones por venir. Pareciera que solo se presenta como problema en situaciones límites: en guerras o conflictos graves. De resto cada quién está en lo suyo, ocupándose simplemente de sobrevivir y participando de una cultura cada vez más globalizada pero que, no por ello, deja de tener siempre -o casi siempre- visos particulares y "propios".

Y, sin embargo, parecieran haber gestos y actitudes para nada escandalosos o rimbombantes que también encierran el germen de ese nacionalismo exacerbado que tanto criticamos. Hay, sin duda, un elemento muy particular dentro del nacionalismo venezolano: una cohesión que hace que, para todos (o al menos casi todos), no importa el credo religioso o político, la clase social, las preferencias sexuales o el color de la piel, haga que compartamos no solo el reconocimiento ante el Padre de la Patria, el Libertador -a secas, sin las comillas esta vez-, sino su culto. Entramos con esto finalmente a ese otro matiz de los nacionalismos que Michael Billig ha catalogado, muy acertadamente, de "nacionalismos banales". Se trata de la manera en que nuestras sociedades están organizadas cotidianamente y en las cuales pareciéramos reproducir gestos poco trascendentales - como leer la prensa todos los días (a lo cual hace referencia el propio Anderson, pero para marcar el comienzo de la idea

de nación), encender la radio o la televisión, ir a la escuela o realizar cualquier trámite legal-, pero que en verdad encierran una manera particular y trascendental, sin ejercer la fuerza, de anclarnos en el país -o la cultura- a la que pertenecemos (anclaje que me parece responde mucho mejor la pregunta que otrora se hiciera Anderson). La imagen metonímica del nacionalismo banal<sup>2</sup> no es, sostiene Billig, una bandera que se mueve conscientemente con una pasión fervorosa, es la bandera que cuelga desapercibida en un edificio público (1995: 8) o en los patios de las escuelas norteamericanas donde los niños deben hacer fila antes de entrar a sus salones de clase.

El nacionalismo se nos muestra así como una presencia omnipresente a la cual no podemos escaparnos. El nacionalismo es más que un sentimiento de identidad, más que una interpretación o teoría del mundo: es también una manera de ser dentro del mundo de las naciones. Leemos la prensa y en ese acto cotidiano asumimos sin problemas -sin pensarlo siquiera- a quién se refiere el "nosotros" del enunciado. La batalla por el nacionalismo es una batalla por la hegemonía, por medio de la cual una parte dice hablar por toda la nación y representar la esencia nacional (27).

---

<sup>2</sup> Lo banal, en este caso, tal como recalca el mismo Billig, en nada se relaciona con el adjetivo "benigno".

Quisiera terminar brevemente con algunas referencias al culto a Bolívar en la Venezuela de estos inicios del siglo XXI. Allí, *la exacerbación nacionalista se entreteje a diario con esos gestos banales que han impregnado toda nuestra historia republicana (como impregnan la historia de cada país) y que llevamos desde niños al ser arrullados con una canción de cuna cuya música es la misma del himno nacional; como quien no quiere la cosa, esa canción nos recuerda que somos parte de ese pueblo heroico que liberó a tantos otros.*

Por un lado, tenemos a un presidente que si bien a los inicios de su incursión política se reconocía como responsable de devolver a los venezolanos el verdadero -y único- sentido de lo bolivariano, cada vez más pareciera sentirse él mismo la propia reencarnación del padre de la patria. Chávez ha sido erigido, por él y sus seguidores, como la cabeza de una revolución que no solo intenta borrar casi todo lo que ocurrió antes de él, en una Venezuela que traicionó los ideales de su fundador, sino que cada vez más se erige como la única vía posible para dicha reivindicación.

Esa interpelación bolivariana, de la que es muy difícil -si no imposible- sustraerse, no es nueva: sobre ella se han asentado siempre las bases de la nación venezolana. Parece increíble, sin embargo, que en pleno siglo XXI sigamos mirando hacia atrás con tanta vehemencia, hacia los ideales

de nuestro fundador sin todavía encontrar quiebres en esa visión; por otro lado, es innegable la ingerencia de su figura, y su culto, en lo que hemos venido siendo como país hasta ahora.